

EDUARDO PACHÓN PADILLA

ANTOLOGÍA DEL CUENTO COLOMBIANO

*DE TOMÁS CARRASQUILLA
A EDUARDO ARANGO PIÑERES.*

39 AUTORES

*Publicación del Ministerio
de Educación Nacional,
bajo la dirección de la
revista "Bolívar".*

Editorial A B C, Bogotá.

BIBLIOTECA DE AUTORES COLOMBIANOS

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCION:	
El cuento en Colombia	13
TOMAS CARRASQUILLA (1858-1940):	
Nota biográfica-crítica	19
¡A la plata!	23
JESUS DEL CORRAL (1871-1931):	
Nota biográfica-crítica	33
Que pase el aserrador	35
FRANCISCO GOMEZ ESCOBAR (1873-1938):	
Nota biográfica-crítica	45
La tragedia del minero	47
ALFONSO CASTRO (1878-1943):	
Nota biográfica-crítica	53
Sansón montañés	55
JULIO POSADA R. (1881-1947):	
Nota biográfica-crítica	65
El machete	67
JOSE RESTREPO JARAMILLO (1896-1945):	
Nota biográfica-crítica	85
Colinas florecidas de niños	87

RAFAEL JARAMILLO ARANGO (1896):	Pág.
Nota biográfica-crítica	95
Memorias de un niño embustero	97
EDUARDO ARIAS SUAREZ (1897-1958):	
Nota biográfica-crítica	101
Guardián y yo	103
JOSE ANTONIO OSORIO LIZARAZO (1900):	
Nota biográfica-crítica	111
Ajedrez	115
OCTAVIO AMORTEGUI (1901):	
Nota biográfica-crítica	127
La espera	129
ADEL LOPEZ GOMEZ (1901):	
Nota biográfica-crítica	141
El brazo cortado	143
TULIO GONZALEZ VELEZ (1906):	
Nota biográfica-crítica	151
El último arriero	153
TOMAS VARGAS OSORIO (1908-1941):	
Nota biográfica-crítica	163
El enganche	165
EDUARDO CABALLERO CALDERON (1910):	
Nota biográfica-crítica	173
Pureza	177
ANTONIO GARCIA (1912):	
Nota biográfica-crítica	181
Porvenir	183

JORGE ZALAMEA (1905):	Pág.
Nota biográfica-crítica	193
La grieta	197
AUGUSTO MORALES PINO (1912):	
Nota biográfica-crítica	215
Vagón de primera	217
HUMBERTO JARAMILLO ANGEL (1908):	
Nota biográfica-crítica	235
Eva	237
ANTONIO CARDONA JARAMILLO (1914):	
Nota biográfica-crítica	245
Arrayanales	247
ALEJANDRO ALVAREZ (1909):	
Nota biográfica-crítica	259
Gallera	261
JOSE FRANCISCO SOCARRAS (1907):	
Nota biográfica-crítica	277
Contrabandistas	279
JESUS ZARATE MORENO (1915):	
Nota biográfica-crítica	287
La cabra de Nubia	289
RAFAEL GUIZADO (1913):	
Nota biográfica-crítica	299
Pido la palabra	301
HERNANDO TELLEZ (1908):	
Nota biográfica-crítica	315
Sangre en los jazmines	319

OLGA SALCEDO DE MEDINA:	Pág.
Nota biográfica-crítica	325
Desolación	327
ELISA MUJICA (1918):	
Nota biográfica-crítica	333
El círculo	335
JUDITH PORTO DE GONZALEZ:	
Nota biográfica-crítica	345
A caza de infieles	347
ARTURO LAGUADO (1919):	
Nota biográfica-crítica	357
El regreso	359
GERMAN CAVELIER GAVIRIA (1922):	
Nota biográfica-crítica	367
Mañana de verano	369
GUSTAVO WILLS RICAURTE (1923-1953):	
Nota biográfica-crítica	375
Partida doble	377
ALBERTO DOW (1923):	
Nota biográfica-crítica	387
Un anillo para Cecilia	389
MARIO FRANCO RUIZ (1921):	
Nota biográfica-crítica	397
La mujer de agua	399
RAMIRO CARDENAS (1925):	
Nota biográfica-crítica	409
El pavo degollado	411

CARLOS ARTURO TRUQUE (1927):	Pág.
Nota biográfica-crítica	421
Granizada	423
MANUEL MEJIA VALLEJO (1923):	
Nota biográfica-crítica	433
Tiempo de sequía	435
ENRIQUE BUENAVENTURA (1925):	
Nota biográfica-crítica	447
El matrimonio	449
ALVARO CEPEDA SAMUDIO (1926):	
Nota biográfica-crítica	459
Todos estábamos a la espera	461
GABRIEL GARCIA MARQUEZ (1927):	
Nota biográfica-crítica	467
La noche de los alcaravanes	469
EDUARDO ARANGO PIÑERES (1931):	
Nota biográfica-crítica	475
¿Adónde va Mr. Smith?	477

BIBLIOGRAFIA

(Autores no seleccionados):

a) Precursores	481
b) Contemporáneos	484
c) Sin libros	489

El hombre tiembla mientras gime la frase con lentitud dolorosa de aullido ausente bajo la luna:

—Por ahí vagará, Carmela.

—Tenemos que darle los mejores huesos cuando vuelva. De no ser por él, el conejo se te habría escapado, no crees? Le daremos todos los huesos, y un poco de caldo, y un...

—Sí Carmela. Los huesos son de Gavilán...

Las palabras se humedecen en los ojos, se echan en el suelo como un perro herido.

ENRIQUE BUENAVENTURA

(1925)

NOTA BIOGRAFICA-CRITICA

Enrique Buenaventura nació en Cali en 1925. Hizo su bachillerato en el colegio de Santa Librada de Cali. Luego, en Bogotá, inició varias profesiones que no llegó a terminar nunca. Posteriormente, como actor de la Compañía de Teatro de Francisco Petrone, visitó algunos países suramericanos; pero, dado su temperamento aventurero, decidió continuar viajando viéndose obligado a desempeñar los oficios más diversos, como los de marinero, ayudante de cocina, pintor de paredes, conjerencista y director de teatro. Actualmente dirige la Escuela Departamental de Teatro en Cali; y con la adaptación que hizo del relato "En la diestra de Dios Padre" de Tomás Carrasquilla, representado por dicho grupo en el Teatro Colón de Bogotá, en septiembre de 1958, les fue concedido el Primer Premio, y otros cuatro más en el II Festival de Teatro Nacional. Es autor de poemas, cuentos y dramas, los que todavía no ha publicado en volumen.

Es uno de los cuentistas nacionales jóvenes mejor dotados, debido al cabal conocimiento que posee de la novela, el cuento y el teatro contemporáneos. A ello quizá se deba su hábil versación en el dominio técnico, el cual sabe aplicar a todos sus trabajos, con especialidad en el género cuentístico. Sus preceptos literarios, se basan, generalmente, en ciertos recursos intelectuales practicados por los más famosos escritores estadinenses del presente siglo, tales como las "secuencias" cinematográficas y la deliberada repetición de vocablos para lograr un mayor énfasis en la expresión. Le satisface desenvolver

la acción dentro de un variado juego de sensaciones, a veces discontinuas, que resuenen sobre los aspectos llamativos, caracterizados tanto en los escenarios corrientes como en las situaciones reales, aunque presentándola en forma novedosa por medio de inteligentes observaciones, sistematizadas a través de un agitado movimiento alternativo. En todos sus argumentos examina, esencialmente, los problemas humanos, aunque también le agrada describir la naturaleza. Entre sus cuentos que mejor podrían acreditar sus propósitos artísticos deben señalarse "El Matrimonio" y "La Estación del Ferrocarril".

EL MATRIMONIO

Una lluvia de arroz cayó sobre los novios.

—Ya basta— gritó doña Ursula.

—Deje usted que echen la casa por la ventana— dijo el cura.

—La libra está a sesenta y cinco centavos— respondió doña Ursula subiéndose las enaguas y refajos, cruzó la acequia, subió las gradas del atrio, y fue a detener a los muchachos que lanzaban los puñados de arroz.

Manchao comenzó a saltar entre los blancos encajes y Carmelita daba gritos de rabia mientras el padrino reía de tan buena gana que su vientre se meneaba casi tan rápidamente, como los bultos de café en la trilladora.

Una lluvia de cáscaras de arroz cayó sobre los novios, y el novio que en ese instante se retorció el bigote se sacudió las cáscaras de los hombros, y el menudo polvillo le hizo estornudar lo que produjo la caída del cubilete. Entonces la madrina se santiguó, y dijo mala suerte. Después se quebró el espejo en que quiso verse la novia, porque Manchao siguió retozando entre los volantes de encaje de su largo vestido, y la madrina casi lloró, y se santiguaba tan rápidamente que más que una cruz trazaba un círculo sobre su cara. Los tres niños de la vecina se aburrían horriblemente a cierta distancia, metidos en tres trajes azul marino, con grandes cuellos duros de olán, y el menor estaba a punto de echar a llorar. Sobre el pescante de la victoria, ataviado con su traje negro dominguero y tocado con un cubilete estaba

Tobías. Sus grandes manos con las uñas negras de tierra sobre las rodillas.

Cuando pidió el cura la bendición del cielo para los desposados todos miraron el cielo límpido, de un azul fresco, moteado por nubecillas escarmenadas como la lana de los ceibos. Tocando ese azul estaba el verde agreste del círculo de colinas que rodeaba el pueblo, y, aquí y allá, en las colinas la tierra arada dejaba ver las largas líneas de color ocre cavadas por los azadones. Frente a la iglesia las casas se agrupaban blancas, inclinadas sobre la polvorienta calleja. Un automóvil pasó veloz, y la polvareda quedó temblando en el aire.

Doña Ursula espantó a algunos curiosos como si espantara gallinas e hizo subir a los novios a la victoria. Frente a ellos colocó la madrina unas macetas de hortensias blancas, rosadas y azules, empapadas de rocío. Tobías miró la pareja con sus ojillos curiosos, casi perdidos bajo las grandes cejas color ceniza, y empuñó las riendas.

—¡Vivan los novios!— gritaron todos, y la campana en la torre comenzó a repicar.

Doña Ursula lo miró fijamente. Estaba al frente, recostado a la pared, un pie descalzo sobre el otro, media cara cubierta por la sombra que proyectaba el ala del ancho jipijapa, el perrero en la mano. Cómo le hubiera gustado ir y quitarle ese perrero, y cruzarle la cara y echarlo de allí a foetazos. El muy bellaco venía y se paraba allí, precisamente en ese momento. Sacudió Tobías las riendas, y entre los gritos y la algarabía de los muchachos, partió la victoria. Después no quedó más que la tenue nube de polvo que envolvía al cura, a doña Ursula, a los padrinos y a los tres niños de la vecina, el menor de los cuales rompió a llorar. A través del polvo dorado por el sol matinal cruzó doña Ursula, y fue a detenerse frente a Cristino.

—¿Qué quieres aquí?

Cristino la miró a los ojos, y se golpeó la pierna con el perrero. De la sombra que proyectaba el ala del sombrero sobre su cara sólo salía el extremo de su nariz, sus labios finos y apretados y su mentón cuadrado. Se enderezó, dio media vuelta, y echó a caminar por la calleja arrastrando las pesadas espuelas. Por detrás su camisa estaba completamente empapada y pegada a la espalda por el sudor.

Doña Ursula volvió muy dueña de sí misma, y entró en casa con los niños de la vecina, que no acertaban a moverse adentro de aquellos trajes. Los otros muchachos los habían rodeado y los miraban. Los padrinos, sin comentar nada se fueron a sus casas, y el cura se quedó en el atrio donde la brisa le agitaba los faldones de la sotana. Su sombra se quebraba en las gradas y se extendía en la calleja. La campana seguía repicando en la torre.

—Tus hijos llorando allá afuera, y tú aquí adentro atragantándote de comida— dijo doña Ursula.

—Harto he hecho con prestártelos pa la boda— respondió la vecina, acomodándose en la mecedora y poniéndose una galleta en la boca después de remojarla en café negro.—No son muy frecuentes las bodas en este pueblo, sobre todo una boda así, como ésta.

—Si quieres decir algo, dilo —respondió doña Ursula, encarándola—. Una boda como todas y chitón.

—Si yo no he dicho nada—. Mojó otra galleta y se la llevó a los labios. Los tres niños, adentro de los tres trajes la miraban desde cierta distancia y el menor ahogaba como podía sus sollozos.

Doña Ursula se fue a la cocina y comenzó a lavar platos. Mientras mascaba un chicote y refunfuñaba algo entre dientes, fregaba la loza. Era, después de todo, una suerte. Una muchacha como Carmelita quedar así, acomodada, era cosa rara después de lo que